

La mujer del rey de Tlatelolco avisa al monarca de Méjico de los proyectos de su esposo

Mirando con pena la reina los preparativos que se hacian para llevar á cabo la ruina de la nacion mejicana á que pertenecia; y convertido en odio su antiguo cariño hácia el rey, su esposo, por el indigno trato que le daba, puso en conocimiento de su hermano Axayacatl el proyecto de Moquihuix y de sus confederados.

El monarca de Tlatelolco, contando ya con el apoyo de todas las ciudades aliadas, convocó á los nobles de su corte, excitándoles á que de su parte hiciesen los mayores esfuerzos, á fin de conseguir la ruina y destruccion de la monarquía de Méjico. Las palabras del rey fueron escuchadas con entusiasmo, y poniéndose en pié un anciano sacerdote llamado Poyahuitl, hombre de gran influencia entre la nobleza, y de gran estima y veneracion en el pueblo, se ofreció, en nombre de todos, á luchar hasta vencer ó morir, contra los mejicanos y en pró de la prosperidad de su patria. Hecha esta promesa, hizo un sacrificio y dió á beber al rey y á todos los jefes y caudillos, agua teñida con caliente sangre humana. El monarca y los que le rodeaban manifestaron que la bebida prodigiosa habia redoblado el valor de sus corazones, y que con ella se juzgaban invencibles.

La reina, exasperada por los ultrajes continuos de Moquihuix, y deseando poner en conocimiento de su hermano Axayacatl los proyectos destructores de su esposo, pasó á Méjico con cuatro hijos que tenia, y se puso bajo la proteccion del monarca mejicano. El paso de la reina á Méjico fué muy sencillo y fácil, á causa de la proximidad de las dos cortes, á quienes separaba un corto tramo.

La fuga de la reina exasperó al orgulloso Moquihuix, y fué mirada con satisfaccion por los mejicanos.

Entre tanto, los preparativos de guerra seguian activamente en Tlatelolco, y no con menos empeño los emprendió el monarca mejicano.

Al aproximarse la época dispuesta para abrir la campaña, el rey Moquihuix se dirigió, con los caudillos principales de su reino y de los pueblos confederados, á un monte que se hallaba próximo á la ciudad. En él, á fin de atraerse la proteccion y el favōr de los dioses, hizo un solemne sacrificio, y no dudando ya de que la victoria seria el resultado de la lucha, se determinó el dia en que debian romperse las hostilidades. Convenidos en la fecha, Moquihuix pasó inmediatamente aviso á los señores de la confederacion, encargándoles que estuviesen dispuestos á socorrerle en el instante en que el ataque se empezase.

El belicoso Xiolman, señor de Colhuacan, manifestó su deseo de acometer inmediatamente á los mejicanos; su proyecto era fingir una retirada, atraerlos fuera de la ciudad, y que los tlatelolcos les acometiesen por la retaguardia, destrozándoles por completo.

Al siguiente dia de haber avisado á los confederados que estuviesen dispuestos para acudir al combate, verificó el rey de Tlatelolco, con toda solemnidad, la original ceremonia de armar á sus tropas. Contento y altamente satisfecho del entusiasmo de que estaban poseidas, pasó en seguida al gran templo del dios *Huitzilopochtli*, santuario soberbio llamado Coaxolotl, que era distinto del templo que se ostentaba en la ciudad de Tenochtitlan. Llegado á

El rey de Tlatelolco y la nobleza beben, para hacerse invencibles, sangre humana mezclada con agua. la casa de la sangrienta deidad, acompañando de la nobleza y de los principales caudillos, invocó la protección del dios de la guerra; y para aumentar hasta un grado heroico el valor y la fé, bebieron todos, otra vez, el agua mezclada con sangre humana, que el sacerdote les habia servido en la primera conferencia. Tomada la bebida sangrienta, se inclinaron ante el ídolo, y acto continuo, todos los soldados fueron pasando uno á uno por delante del dios *Huitzilopochtli*, haciéndole cada cual una profunda reverencia.

Pocos momentos despues de haber terminado esta ceremonia, y cuando mas tranquila se hallaba la ciudad, penetró en la plaza una corta fuerza de mejicanos, sembrando el terror y la muerte en los que encontraban á su paso. Las tropas tlatelolcas, al tener noticia de la temeraria empresa de la osada partida, acudió al sitio en que se hallaba, la atacó por todas partes, la arrojó de la ciudad, y le hizo algunos prisioneros, que fueron sacrificados inmediatamente en otro vasto templo que se llamaba *Tillan*.

Varias mujeres de Tlatelolco, llevadas del odio que se consagraban los habitantes de las dos ciudades, tuvieron la temeridad de penetrar, al ponerse el sol, en las calles de Méjico y de insultar á los mejicanos, anunciándoles su próxima ruina.

Los tlatelolcos atacan la ciudad de Méjico. Por la noche los tlatelolcos tomaron las armas, y al asomar la primera luz del siguiente dia, emprendieron su ataque sobre la ciudad de Méjico, arrojando, como era costumbre, espantosos gritos y alaridos. La accion se formalizó bien pronto, y la lucha

se hizo sangrienta. En los instantes mas supremos de la accion, se presentó con sus tropas Xiolman, señor de Colhuacan, que era el mismo que se ofreció á atacar á los mejicanos, y emprendiendo una retirada falsa, hacer que los tlatelolcos los desbaratasen, atacándoles por retaguardia. El valiente caudillo, al ver que Moquihuíx habia emprendido el ataque sin darle aviso ninguno y despreciando su plan, se retiró indignado; pero aunque resentido de aquel acto poco atento, no quiso alejarse sin hacer algun daño á los mejicanos; y para conseguirlo, cerró el canal por el que podian recibir socorros. El rey de Méjico que, con una actividad maravillosa, atendia á los diversos puntos de la ciudad, hizo reparar inmediatamente el daño causado por Xiolman en el canal, y el paso quedó libre á los socorros que esperaba.

La accion duró desde la salida del sol hasta la hora de ponerse, y la noche fué la única que puso fin al combate, obligando á los tlatelolcos á que volviesen á su ciudad.

Durante la noche, una partida de mejicanos, por orden de su general, se acercó á quemar algunas casas próximas á Tlatelolco, con objeto de dejar enteramente libre el campo de operaciones; pero los tlatelolcos salieron de improviso, y llegaron á coger veinte prisioneros, á los cuales sacrificaron pocos instantes despues.

Se renueva el combate al siguiente dia. El combate se renovó al siguiente dia, con el mismo encarnizamiento que el anterior; pero en esta vez, los mejicanos fueron los que tomaron la ofensiva, habiendo salido desde la noche á ocupar todos los caminos que conducian á Tlatelolco. Los defensores de la ciudad, al verse cercados y acometidos por todas partes,

se fueron reconcentrando hácia la gran plaza del mercado, notable por su belleza y extension, con el objeto de reunir allí sus fuerzas y combatir con esperanza de buen éxito; pero el número considerable de fuerzas allí aglomeradas fué precisamente lo que mas les impedia maniobrar y defenderse. El rey Moquihuix, colocado en lo mas alto de un templo, desde donde se dominaba todo el campo, daba voces de mando que no podian escucharse en medio del fragor de la pelea y de los gritos de los combatientes. Sus soldados, acometidos por sus contrarios con ímpetu terrible, caian á centenares, heridos de muerte, lanzando insultos á su rey, y llamándole cobarde, porque no bajaba de la torre á combatir al lado de ellos. La acusacion era injusta, pues no era el temor el que obligaba á Moquihuix á permanecer en la torre, sino la necesidad de ver los movimientos de los mejicanos, para hacer que sus soldados acudiesen á donde las circunstancias lo exigiesen.

Pronto la gran plaza de Tlatelolco quedó cubierta de cadáveres, pertenecientes á los defensores de la ciudad, y el templo en que se hallaba el rey Moquihuix, cercado por todas partes. Los mejicanos trataron de ganar la torre que ocupaba el monarca de Tlatelolco. Despues de una tenaz resistencia, lograron llegar hasta las escaleras del templo: allí se renovó con mayor furia la lucha; pero venciendo los mejicanos todos los obstáculos que se les presentaban, subieron hasta el sitio en que se hallaba Moquihuix con lo mas selecto de la nobleza.

Muere en el  
combate el rey  
de Tlatelolco.

El rey de Tlatelolco, resuelto á morir luchando, combatia con un valor indescriptible. Pero era imposible que pudiese resistir por mucho tiempo

al número de enemigos que le atacaban. Sin embargo, Moquihuix blandia furiosamente el *maquahuitl*, ó espada, hiriendo á cuantos alcanzaba su brazo, hasta que un capitan mejicano, llamado *Quetzalhua*, logró arrojarle por la escalera abajo, quedando muerto en el acto, del golpe. El cadáver, al rodar hasta el suelo, fué recogido por unos soldados mejicanos que lo presentaron al rey Axayacatl. El monarca vencedor, contento de su triunfo, abrió el pecho á su ya muerto competidor y le arrancó el corazón con la facilidad adquirida por la costumbre de hacerlo así con los prisioneros.

Los tlatelolcos, viendo muerto á su rey, y sin esperanza de alcanzar victoria, emprendieron la fuga desordenadamente, quedando los mejicanos dueños de la ciudad.

Los tlatelolcos se hacen vasallos del rey de Méjico. Los vencidos, para salvar la vida y alcanzar clemencia, se declararon vasallos de la corona de Méjico, y así aquella ciudad que se habia gobernado por espacio de ciento diez y ocho años por sus reyes, que fueron cuatro, quedó agregada para siempre á la ciudad de Méjico; ó mejor dicho, formó en lo sucesivo un barrio de la misma ciudad, como sucede hasta el presente.

El rey Axayacatl, dominador ya de aquel vecino temible, puso allí un gobernador rígido, pero justo; y los tlatelolcos se comprometieron, ya no solo á satisfacer el tributo que le pagaban en granos, telas y armas, sino tambien á reedificar, siempre que necesario fuese, el templo de *Huitznahuac*.

La impaciencia fué la causa de la derrota de Moquihuix, pues empezó la batalla antes de que sus aliados se

acercasen; y ofendidos éstos de la falta de atención del rey de Tlatelolco, se retiraron, sin tomar parte en la lucha.

Recibe la pena de muerte el sacerdote Poyahuitl. El monarca mejicano, viéndose dueño de la ciudad rival, mandó dar muerte al sacerdote Poyahuitl, á quien vimos tomar la palabra excitando á la guerra contra los mejicanos, y haciendo libar al rey y á los caudillos agua mezclada con sangre. Igual orden dió respecto de otro personaje llamado *Ehecatzitzimill* que, lo mismo que el primero, habia despertado el espíritu de guerra contra los mejicanos.

Varios caudillos sufren la pena de muerte. Libre de estos dos poderosos contrarios, cuya influencia con los habitantes de Tlatelolco podia ser, con el tiempo, contraria á Méjico, el monarca Axayacatl ordenó, poco tiempo despues, que tambien sufriesen la pena de muerte los caudillos de Cuiltahuac, Huitzilopochco, Xochimilco y otros que se habian confederado con los tlatelolcos para hacerle la guerra, tratando con estos severos castigos, evitar que nadie en lo sucesivo se confederase con la nacion con quien Méjico se declarase en guerra.

Tlatelolco y Méjico formando una sola ciudad. Los tlatelolcos que, como hemos visto en otra parte, no eran mas que mejicanos segregados de sus compatriotas por rencillas entre algunos jefes, olvidaron sus querellas pasadas, y volvieron á unirse á sus hermanos con sincero y estrecho lazo nacional. La reconciliacion de los dos antiguos bandos, fué leal y franca; y viviendo desde entonces bajo un mismo gobierno, y formando de ambas ciudades una sola, combatieron siempre unidas por el engrandecimiento y

la gloria de la patria comun, hasta los últimos tiempos de su existencia política.

El espíritu guerrero y de conquista que formaban el carácter del rey Axayacatl, no quedó satisfecho con solo el castigo aplicado á los caudillos de los Estados menos poderosos. Su anhelo era descargar la misma severidad sobre otros que, considerándose poderosos, eran el constante apoyo de los pueblos que no cesaban de hacer esfuerzos por no ser tributarios de la corona de Méjico. Entre esos caudillos de importancia, se encontraba el rey de los matlanzincas, intrépido guerrero que se habia ofrecido á enviar sus legiones al monarca de Tlatelolco, cuando éste se preparaba á combatir contra los mejicanos. Los matlatzincas eran una nacion de gran poder y numerosa, asentada en el fértil valle de Toluca, á quien respetaban los Estados colindantes. Su gente, fuerte, robusta y ágil, reunia á la actividad en sus movimientos, el valor y la decision.

Axayacatl, conociendo el poder y las cualidades de sus contrarios, dispuso un numeroso ejército, formado de la gente mas granada y aguerrida, para llevarles la guerra.

El pensamiento del rey de Méjico era humillar la soberbia del monarca de los matlatzincas, y probar á las naciones del Anáhuac, que le sobraba poder para sojuzgar á la que se declarase su contraria.

Dispuesto el ejército, Axayacatl, para salvar su responsabilidad y patentizar que no era la arbitrariedad la que dictaba sus actos, quiso observar escrupulosamente la costumbre que estaba establecida entre aquellos pueblos, antes de recurrir á las armas.

La costumbre á que me refiero, y que el rey Axayacatl observó al disponerse á castigar en los matlatzincas sus pasadas ofensas, voy á consignarla, á fin de que el lector la conozca en todos sus detalles.

Modo de declarar la guerra. Celoso el Consejo del acierto en las resoluciones de que dependia la suerte futura de los pueblos, se reunia en una sala destinada á sus conferencias, para examinar detenidamente si existia la suficiente causa para declarar la guerra y emprenderla. La causa, considerada como terminante, como poderoso motivo para la declaracion de guerra, era la rebelion promovida en alguna ciudad ó provincia; las ofensas ó los insultos inferidos á los embajadores; la muerte dada en época de paz y de armonía á algun correo, traficante, viajero ó á cualquiera otra persona que se hallase en extraño territorio. Bajo dos aspectos se examinaba la rebelion en el Consejo mejicano, y conforme al que presentaba, se establecia la reclamacion. Cuando los promovedores de ella solo habian sido los jefes, sin tomar participacion los pueblos, se daba orden de prender á los primeros; y conducidos á la capital, eran castigados severamente. Si en la rebelion se hallaba complicado el pueblo, se le exigia que diese una cumplida satisfaccion al rey. Si se prestaba á darla manifestando humildemente un sincero arrepentimiento, alcanzaba, inmediatamente, el perdon de su culpa, amonestándole, sin embargo, á que se abstuviese de turbar en lo sucesivo el orden; pero si se negaba á dar la satisfaccion pedida, manifestándose altanero contra los mensajeros, el Consejo se reunia para deliberar, y tomada la resolucion de la guerra, se expedian las órdenes oportunas á los

generales que debian conducir á la campaña al ejército. Algunas veces el rey, con el objeto de justificar á los ojos de los pueblos su conducta, y patentizar que buscaba todos los medios nobles y honrosos de conciliacion, enviaba tres embajadas consecutivas; una, que era la primera, al monarca, régulo ó señor de la nacion con quien existian las diferencias, exigiendo una satisfaccion cumplida en el término que se le prescribia, amenazándole con que seria tratado, en caso de no darla, con el rigor de un enemigo irreconciliable. La segunda embajada se dirigia á la nobleza, invitándola á que, haciendo ver los males que de una guerra resultaria al Estado, persuadiese al que empuñase las riendas del gobierno, á que los evitase, dando una franca y digna satisfaccion. La tercera embajada, cuando las dos anteriores habian fracasado, se enviaba á la plebe, para darla á conocer las causas que habian provocado la guerra que se le llevaba.

La elocuencia desplegada por los embajadores, pintando los horrores de la guerra y las bellezas de la paz, alcanzaba, no pocas veces, que se efectuase una reconciliacion entre las naciones preparadas á la lucha, con profundo regocijo de la clase pobre, que era la víctima en esas guerras de desolacion y de ruina.

El rey de Méjico, además de las instrucciones que daba á sus embajadores cuando llevaban la delicada mision de ajustar la paz ó declarar la guerra, enviaba con ellos una imágen del dios *Hwitzilopochtli*, exigiendo de los que habian dado causa á las diferencias suscitadas, que colocasen á la deidad mejicana en el lugar en que reverenciaban y tenian sus divinidades. La proposicion del monarca de